

• Existencia de un colectivo humano al que se le reconoce capacidad de ser sujeto y protagonista de acciones y decisiones, con voluntad de incidir en el cambio y en la mejora de las condiciones de vida de las personas que de una comunidad que ofrece Goma (2008):

Tomemos como ejemplo los ejes definitorios que exige el proyecto intercultural. Cuando observamos las características de una comunidad, rápidamente nos damos cuenta del fuerte vínculo existente entre su naturaleza y las condiciones de inclusión social de los inmigrantes. Sin embargo, la comunidad sí lo proporciona. Cuando observamos las características de una comunidad, rápidamente nos damos cuenta del fuerte vínculo existente entre su naturaleza y las condiciones de inclusión social de los inmigrantes. Sin embargo, la comunidad sí lo proporciona. Cuando observamos las características de una comunidad, rápidamente nos damos cuenta del fuerte vínculo existente entre su naturaleza y las condiciones de inclusión social de los inmigrantes. Sin embargo, la comunidad sí lo proporciona.

Para poder desarrollar esta tesis, debemos acercarnos a un concepto clave: *la comunidad*. La ciudad representa el entorno donde tal proyecto intercultural puede llevarse a cabo, pero no significa necesariamente que suponga un contexto favorecedor. El entorno urbano dispone de una serie de características que no siempre facilitan la construcción de la interculturalidad como marco para la inclusión social de los inmigrantes. Sin embargo, la comunidad sí lo proporciona. Cuando observamos las características de una comunidad, rápidamente nos damos cuenta del fuerte vínculo existente entre su naturaleza y las condiciones de inclusión social de los inmigrantes. Sin embargo, la comunidad sí lo proporciona.

La primera parte de este libro ha sido dedicada a reflexionar sobre unas personas (los inmigrantes), un proyecto (la interculturalidad) y un espacio (la ciudad). Ahora, en esta segunda parte, queremos centrar nuestra atención en la estrategia óptima de articulación entre los tres: cómo los inmigrantes participan en el proyecto de la interculturalidad en la ciudad.

De la ciudad a la comunidad: el rol clave de la acción comunitaria

4 La acción comunitaria intercultural

forman parte de él. La ciudad no siempre promueve una posición personal activa, ni se mueve por la transformación como tal. Son las comunidades que habitan en la ciudad las que pueden tomar el protagonismo y las que, a su vez, pueden convertirse en motores de cambio para mejorar las condiciones de vida de sus miembros. El proyecto de la interculturalidad se ve potenciado más claramente por esta dimensión comunitaria y, gracias a ello, los inmigrados tienen la opción de participar.

- Existencia, entre las personas que integran el colectivo, de una conciencia de pertenencia, es decir, de un cierto grado de integración subjetiva en una identidad comunitaria compartida. El tipo y grado de pertenencia que promueve una ciudad es más abstracto que el que podemos encontrar en una comunidad. Ante una tendencia de la ciudad a convertirse en conglomerado amorfo de territorios yuxtapuestos, la comunidad establece la condición básica de sentimiento de apego y pertenencia a un paisaje humano que exige el proyecto de la interculturalidad. El reconocimiento que necesitan los inmigrados sólo es posible en la comunidad.
- Existencia de mecanismos y procesos, más o menos formalizados, de interacción y apoyo social, es decir, de pautas de vinculación mutua y reciprocidad cotidiana. A pesar que la ciudad, como ámbito geográfico de gobierno más local, ofrece políticas cercanas a la ciudadanía, en algún aspecto son generalistas, y se pierden en los entresijos de la compleja trama urbana que supone una ciudad o área metropolitana. Sin embargo, la comunidad genera en este sentido un espacio de seguridad y de vínculo, un terreno fértil para que florezcan las propuestas de interculturalidad.
- Existencia y arraigo a un territorio, a un cierto espacio compartido que articula a agentes, instrumentos y contenidos para la acción. Un espacio físico, una geografía que incorpora significados de pertenencia. La gran ciudad, el territorio metropolitano, es al fin y al cabo un mosaico complejo y diverso de distintas comunidades potenciales. La geografía urbana es demasiado extensa como para proporcionar un sentimiento de arraigo a un paisaje físico, a un territorio concreto en el cual se lleva a cabo la vida cotidiana. La comunidad sí que ofrece esta dimensión, y con ello abre las puertas al desarrollo de un proyecto intercultural sólido.

En con
interc
un niv
del pr
tanto,
ser la
más h
des qu
y desig

dimen
inclus
nes ne
zar có
person
desarr
activo
tanto

lidad
tenem
lidad
comun
de la
agran
posibi
les y u

accion
permit
contín
de ider
refiere
víncul
person

En conclusión: si bien la ciudad es una condición necesaria para un proyecto de interculturalidad que incluya a los inmigrantes, ésta no es suficiente. Hace falta un nivel de concreción más operativo, más próximo, en el cual las condiciones del proyecto intercultural existan, y ese nivel lo representa la comunidad. Por lo tanto, a partir de ahora parece razonable centrar nuestra reflexión en cual debe ser la estrategia para que la ciudad, espacio ambiguo por excelencia, se decante más hacia una naturaleza consistente en un conjunto articulado de comunidades que hacia un territorio fragmentado e inconexo de grupos yuxtapuestos y desiguales. Esa estrategia es la acción comunitaria.

Esta segunda parte del libro, entonces, estará dedicada a analizar las tres dimensiones de una acción comunitaria coherente con la interculturalidad y la inclusión de las personas inmigradas: los principios, los ámbitos y las condiciones necesarias. En este cuarto capítulo nos dedicamos más en concreto a analizar cómo la acción comunitaria —es decir, el proceso social mediante el cual unas personas y grupos, que comparten un mismo espacio en un mismo tiempo, desarrollan un sentimiento colectivo de pertenencia y se convierten en agentes activos de su propia transformación social— permite configurar la ciudad en tanto que territorio propicio a la interculturalidad.

Sin embargo, describir que dicho territorio sea propicio a la interculturalidad no significa que no esté exento de interrogantes y dudas al respecto, no tenemos por qué asumir tal premisa sin una reflexión crítica sobre la compatibilidad entre dicho modelo de gestión de la diversidad cultural y una perspectiva comunitaria —que no comunitarista—. Las metáforas del riesgo —Beck— así como de la naturaleza líquida de los fenómenos sociales —Bauman— no hacen sino agrandar tales interrogantes y poner en tela de juicio no ya la viabilidad, sino la posibilidad de unas comunidades que comparten unas identificaciones culturales y un sentimiento de pertenencia.

Uno de los grandes interrogantes proviene del desdoblamiento de las interacciones sociales en virtuales y reales, fruto de los desarrollos tecnológicos, lo cual permite situar dichas interacciones —base de la construcción social— de forma discontinua en el tiempo y el espacio. Este hecho cuestiona seriamente la posibilidad de identificar comunidades de vivienda con comunidades de vida (las primeras se refieren al criterio configurador de comunidad como espacio físico en el cual el vínculo es la vecindad, mientras que las segundas se refieren a comunidades de personas que libremente deciden compartir su tiempo porque juntas satisfacen

objetivos de realización personal compartidos). Muchos barrios de ciudades europeas cuentan con la presencia de personas inmigradas y pueden considerarse comunidades de vivienda, pero lo que no queda tan claro es que, bajo las condiciones actuales descritas en el primer apartado de este capítulo, puedan llegar a ser comunidades de vida; incluso nos asalta la duda de que deban llegar a serlo.

Otro gran interrogante lo encontramos en las dificultades teóricas y prácticas para conjugar los derechos culturales individuales y colectivos en un escenario diverso y plural. Hasta el momento, las experiencias europeas han venido marcadas por la conflictividad y la tensión. Los inmigrados provenientes de latitudes no europeas hacen estallar por los aires la igualdad de derechos y las libertades establecidas mediante una normativa pensada para una sociedad menos diversa y plural. Se cuestiona el derecho de la comunidad de acogida a imponer su universo cultural a las personas inmigradas que llegan y, al mismo tiempo, se cuestiona también el derecho de las personas inmigradas a imponer el universo cultural que traen a la sociedad de acogida.

Tensiones entre ciudad y comunidad. Hacia una acción comunitaria en clave intercultural

En consecuencia con todo ello, deberemos justificar la tesis que sostiene la posibilidad de una acción comunitaria en clave intercultural. Defendemos una posición que considera que el proyecto intercultural establece una relación dialéctica con la comunidad. Como venimos diciendo, la comunidad es la condición fundamental para la interculturalidad y, a su vez, producto de la dinámica intercultural.

Con tal de fundamentar nuestra tesis, partiremos de una reflexión que nos lleva a contemplar la tensión inherente a la relación entre ciudad y comunidad, que resumimos en cinco grandes bloques, y cómo el proyecto intercultural puede ayudar a superarla. Estos bloques son:

- La ordenación del espacio físico urbano.
- La composición demográfica del entorno urbano.
- La tipología de actividades sociales en un entorno urbano.
- Los modelos de interacción social en entornos urbanos.
- El contexto espacial y temporal en el entorno urbano.

Otro aspecto fundamental desde el punto de vista físico es el formato que adquiere la dimensión natural del entorno urbano. La naturaleza de los espacios urbanos está manipulada y ordenada artificialmente. Las personas que viven en la ciudad construyen espacios de cemento y de hormigón haciendo superficies planas allí donde había accidentes geográficos, trazando vías de comunicación que fragmentan el territorio y las posibilidades de interacción y que son exclusivas para el transporte. Vías de comunicación que sirven para construir la incomunicación. El uso del espacio público, la calle, es

su proyecto colectivo y lo llevan a cabo juntos. de implicación de las personas—entre ellas, los inmigrados—que se apoderan de vos, como ya vimos en el capítulo 2, sino que se acoplan a una espiral creciente de procesos de hibridación cultural, genera en sí mismo el refuerzo de esta personalización y protagonismo. Los procesos de identificación cultural no son pasivos, como ya vimos en el capítulo 2, sino que se acoplan a una espiral creciente de procesos de hibridación cultural, genera en sí mismo el refuerzo de esta personalización de un territorio urbano que podemos calificar como cosmopolita, a través y protagonismo de las personas. En este sentido, embarcarse en la configuración de los valores y el sentido de mi identidad. La comunidad necesita personalización producto quiere consumir sino en la creación del producto que más se acerca a espacios personalizados en los que la dificultad no radica en la elección de qué obstáculo para el desarrollo de una comunidad, la cual tiende a construirse sobre Obviamente no hace falta aclarar que ambas consecuencias suponen un entorno que proporciona tantas posibilidades.

a veces contradictorios y, por el otro, la dificultad objetiva de orientarse en un ciudades como espacios potencialmente impersonales que responden a criterios esta naturaleza comprimida e indefinida son, por un lado, la consolidación de imprecisas fronteras físicas entre unas zonas y otras. Dos de las consecuencias de la estructura urbana es un continuo de yuxtaposiciones, fruto de la historia, con frutar de proyectos que no necesariamente están al lado unos de otros sino lejos; por el lugar en sí mismo. Además es indefinido porque la movilidad permite dis- simbólicas que vienen determinadas por la acción que se da en aquel lugar y no torio pueden convertirse bien diversas, las cuales marcan unas fronteras frutar de todos los que una persona pueda tener al alcance. En un mismo territorio pueden convertirse bien diversas, las cuales marcan unas fronteras una amalgama de proyectos que hacen imposible, a escala humana, poder dis- nido. Es comprimido porque, en un espacio relativamente reducido, concentra El espacio físico urbano de la ciudad se caracteriza por ser comprimido e indefi-

La ordenación del espacio físico urbano

puramente instrumental, un lugar de paso en el cual se cruzan personas que no se conocen.

La comunidad encuentra aquí también otro obstáculo. La construcción comunitaria exige espacios abiertos amplios, agradables no sólo para pasar por ellos, sino también para poder estar y, sobre todo, para poder encontrarse y relacionarse. El entorno urbano ahoga el valor positivo del entorno natural en el momento de generar condiciones para la comunidad. La interculturalidad, concebida como un proyecto comunitario, puede contribuir a fortalecer la necesidad de un espacio público en el que las señas de identificación permitan que toda la colectividad se sienta reconocida.

La composición demográfica del entorno urbano

El entorno urbano, por sus propias características, tiende a diversificar la composición demográfica de la población que vive en él. Mientras que los entornos rurales desarrollan dinámicas de vínculo que tienden a la homogeneidad, las ciudades adquieren sentido en tanto que son un espacio que genera la diversidad. El entorno urbano se construye a partir de personas que no pertenecen a él, y que aportan su manera particular de hacer y de vivir, manera que se ve subsumida en la dinámica de funcionamiento urbano pero que conserva algunas señas de identidad que le son propias. La ciudad es un espacio de anonimato, de equilibrios complejos entre personas y grupos que coexisten compartiendo un mismo espacio y un mismo tiempo sin llegar, en muchos casos, a conocerse y reconocerse.

La comunidad, por el contrario, necesita arraigo. Se trata de un contexto denso que no puede construirse sobre el anonimato de quienes participan en él, ni sobre un paisaje humano donde no existen vínculos. Para poder desarrollar proyectos conjuntamente, hace falta comprender al otro y saber ponerse en su lugar, actitud que la dinámica de los entornos urbanos no facilita. La comunidad necesita espacios urbanos en los cuales los actores sociales tejan redes de sentido compartido, reconstruyendo constantemente estas redes a medida que la diversidad de esta demografía se va modificando por la llegada de nuevas personas inmigradas. Ése es, al fin y al cabo, el escenario de diversidad transcultural que es propio del proyecto intercultural.

El entorno urbano también tiende a desechar comportamientos sociales preestablecidos a favor de comportamientos surgidos de la espontaneidad del

La tipología de actividades sociales en un entorno urbano

La actividad central que se lleva a cabo en la ciudad, impregnada de una estructura inspirada en un planteamiento neoliberal, y que domina el entorno urbano, es el consumo (véase el capítulo 2). Una de las grandes fortalezas de la ciudad es la capacidad de poner todo tipo de producto o de recurso al alcance de cualquier persona. Cuanto mayor es el entorno urbano, más concentración existe de artículos aptos para el consumo. Vivir en la ciudad otorga directamente a la persona, al ciudadano, el título de consumidor. Además, este consumo se caracteriza por ser efímero y superficial. Una vez hemos consumido aquello que deseábamos, esto deja de tener valor y vamos a la búsqueda de nuevos productos materiales. El entorno urbano no proporciona materias primas sino que estas materias siempre vienen manufacturadas o, como mucho, se hallan en un pro-

El entorno urbano tiende a expulsar la tradición, a mirársela de reojo y recrearla en nuevos formatos que la actualizan. En este sentido, la comunidad es percibida como una forma social tradicional, que procura conservar esencias, patrones de comportamiento. Es importante, pues, que la comunidad pueda participar de los escenarios de futuro de creación colectiva, poniendo menos énfasis en el mantenimiento y difusión de una propuesta exclusiva. La ciudad debe abrir las puertas a una concepción de comunidades cosmopolitas que aprendan a participar de manera normalizada en las redes sociales, haciendo presentes los valores y el estilo propios que la caracterizan, sumergiéndose en escenarios ajustados sin perder su identidad. Tal es el sentido y el devenir del proyecto intercultural.

Y ocupar un espacio original entre el conjunto de la ciudadanía. propiedad simbólica, todo con la finalidad de satisfacer la necesidad de innovar tan lenguas propias, se diseñan estilos de vestir únicos, se marcan territorios de entonces. En la ciudad se producen fenómenos de hibridación cultural: se inventan que triunfan son aquellas que imprimen un carácter propio nunca visto hasta narios alternativos hechos a su propia medida. Las identidades colectivas para diferenciarse, y, en consecuencia, poder identificarse, necesitan crear escenarios de diversidad que comentábamos. El entorno urbano lo forman grupos que, y referencia para los suyos. En la ciudad, esta posibilidad se diluye debido a la nario social con unos códigos y unos signos estables que proporcionan seguridad encuentro. Las comunidades pequeñas tienen la posibilidad de elaborar un esce-

ceso de tránsito. En la ciudad, por lo general, no se crea con las manos, se crea con la mente, las ideas y los servicios. El entorno urbano es una red compleja de puntos de distribución de servicios.

La comunidad no es un espacio de consumo, una gran superficie comercial que proporcione bienes simbólicos y afectivos, ni tampoco puede ser situada, o considerada, como una propuesta efímera que desaparece una vez ésta ha sido consumida. El entorno urbano, no obstante estar cargado de posibilidades, intrínsecamente obstaculiza la creación. Se trata de un contexto adverso a la forma en que la comunidad concibe la acción y la relación de esta acción con el desarrollo de las personas. La comunidad ofrece un servicio que no se relaciona con el beneficio económico, y la interculturalidad puede favorecer esa característica porque el proyecto intercultural genera intangibles a los cuales no se les puede colgar un precio.

Otra característica de la actividad que se da en la ciudad es la segregación de contextos de actividad. Todo parece estar tan cerca que nada se realiza al lado de nuestro domicilio. Vivimos en un lugar, pero trabajamos en otro. Nuestra actividad no tiene relación con el espacio físico en el cual tenemos la residencia. La actividad humana en los entornos urbanos se configura a partir de intereses y necesidades, que fomentan la movilidad territorial en busca de los servicios que los satisfagan, sin embargo esto no sucede a partir de una pertenencia física a un barrio o a una calle. Las redes de actividad mantienen una relación virtual con un espacio genérico que denominamos *ciudad*, pero éste es tan amplio y abstracto que se escapa a las posibilidades de la conciencia humana para vincularlas a un paisaje en el cual se pueda encontrar un sentido y un punto de referencia.

La comunidad no puede desarrollarse en contextos vitales espacialmente segregados, necesita una cierta solución de continuidad con el espacio físico en el que se sitúa, y sabemos que esto no siempre sucede. Como hemos explicado al inicio del capítulo, la comunidad requiere un arraigo en un lugar concreto, en el cual las personas que la conforman se puedan apropiarse de dicha realidad y hacerla suya, un espacio singular que proporciona seguridad e identidad. El proceso intercultural lleva consigo la conformación de un espacio propio como algo inherente y por ello puede facilitar que la segregación típica del espacio urbano quede contenida y que, por lo tanto, la comunidad pase de ser una hipótesis a ser una realidad.

Los modelos de interacción social en entornos urbanos

La interacción social en la ciudad se caracteriza por su fragilidad y deslocalización. Las posibilidades de interaccionar con gente diversa son tan grandes que tendemos a establecer un gran número de relaciones, lo cual implica que estas relaciones son menos densas que si se dieran en un entorno comunitario limitado. Fragmentamos nuestras interacciones según ámbitos especializados de cotidianidad: familia, trabajo, amigos, ocio. Además, estas interacciones tienden a desarrollarse en espacios físicos diversos, lo cual implica entrar y salir constantemente de escenarios sociales que cumplen finalidades, códigos y lenguajes diferenciados entre ellos.

La comunidad necesita un espacio concreto en el cual desarrollar interacciones densas. La interacción social que proporciona una comunidad con alta densidad y se erige, sin duda alguna, en un espacio mucho más significativo que otros espacios de interacción. La ciudad dificulta la creación de vínculos sólidos, necesarios en una comunidad. El entorno urbano no impide pero dificulta la creación de interacciones sociales marcadas por la autenticidad, y puede encontrar oportunidades para sortear esta dificultad gracias al proyecto intercultural. Los procesos de diálogo e intercambio propios de una dinámica intercultural, así como el mutuo reconocimiento que se lleva a cabo, forjan condiciones muy favorables para el desarrollo de la comunidad.

Otra característica de la interacción social que se produce en la ciudad es su inestabilidad y cambio. La interacción no se fundamenta en vínculos de sangre o parentesco sino en la coincidencia en un tiempo y un espacio concreto, en un momento de tránsito por un escenario o vía de comunicación. Por azar coincidimos en la escuela, en el trabajo o incluso en el transporte público, y comparamos este hecho es el que fundamenta y justifica esta interacción. Esta vinculación, más casual que causal, abre las puertas a la adición, modificación o supresión permanente de relaciones que nacen y mueren de forma constante, por voluntad propia o por el cambio de las propias condiciones de vida. Las personas transitamos de un contexto a otro, y abandonamos las relaciones anteriores para construir otras nuevas, experimentando de manera constante procesos de duelo emocional por la pérdida de interacciones significativas pero insostenibles con un ritmo de vida urbano, que, como decíamos, tiende a fragmentar los espacios de actividad en multiplicidad de localizaciones.

La comunidad no puede funcionar como un marco de interacciones inestables, necesita forjar una identidad de grupo sólida que vaya más allá de los itinerarios de cambio propios del proyecto vital de cada cual. En medio de idas y venidas en la vida diaria, la comunidad debe erigirse como un punto de referencia para quienes participan en ella, un espacio de seguridad donde encontrar interacciones cálidas, significativas y permanentes. El ritmo de la vida urbana obstaculiza el fomento de este tipo de interacción, pero un compromiso con un proyecto intercultural puede contribuir a superar dicho obstáculo. ¿Cómo? Mediante un proceso de implicación creciente y de identificación con las expresiones culturales compartidas que se construyen desde el diálogo y el respeto, algo que no deja indiferente y que siempre puede aparecer como el punto de referencia comentado.

El contexto espacial y temporal en el entorno urbano

La característica esencial del tiempo en la ciudad es su aceleración. La ciudad ofrece múltiples posibilidades y a menudo la reacción humana, delante de la dificultad de escoger, consiste en querer abarcar tantas como sea posible. Esta necesidad creada de consumo masivo de muchos productos y servicios, junto con la fantasía de considerar que todo está al alcance, favorece una cultura de la rapidez. La tecnología y las comunicaciones están al servicio de este esquema: los transportes deben ser más rápidos, las comunicaciones deben proporcionar datos y conocimientos al instante. El tiempo natural para realizar una acción se condensa hasta límites insospechables, y la vida cotidiana parece una carrera de obstáculos que exige grandes habilidades para que la persona controle el tiempo y evitar que sea éste quien lo haga.

Sin embargo, la comunidad necesita una dimensión temporal desacelerada respecto al ritmo cotidiano de la vida de las personas que viven en la ciudad. La comunidad exige priorizar la importancia por encima de la urgencia, algo que el mismo proyecto intercultural enseña. La interculturalidad no se construye de hoy para mañana, sino que supone un proceso lento e inacabado de creación de expresiones culturales compartidas en un marco de diversidad transcultural. La interculturalidad en sí misma crea comunidad porque detiene el cronómetro de la ciudad y permite que la acción comunitaria se establezca a partir de otros parámetros de temporalización.

Para acabar, también deseamos recordar de qué modo la ciudad, además de su ser local, participa de la naturaleza global de procesos y fenómenos sociales actuales.

<p>VALOR INTERCULTURAL DE LA ACCIÓN COMUNITARIA</p>	<p>ESTRATEGIAS DE ACCIÓN COMUNITARIA</p>	<p>NECESIDADES DE LA COMUNIDAD</p>	<p>CONDICIONANTES DE LA CIUDAD</p>
<p>Promover la interculturalidad para dar la voz a los inmigrados.</p>	<p>Promover la generación de proyectos que prestan servicio a la comunidad de referencia y en el cual las personas que la forman son los protagonistas.</p>	<p>Espacio personaliza-do y facilitador del protagonismo de las personas en general y de los inmigrantes en particular.</p>	<p>Espacio físico com-primido e indefinido que dificulta el desarrollo de proyectos locales con fuerte identidad.</p>
<p>Desarrollar actividades interculturales en espacios públicos y abiertos.</p>	<p>Redescubrir el valor del espacio público, combi-nando espacios diversos y genuinos.</p>	<p>Entorno natural que facilite el encuentro y la identificación.</p>	<p>Naturaleza manipulada y ordenada artificialmente.</p>
<p>Facilitar diálogos que permitan acceder a la identificación y comprensión de estereotipos y prejuicios.</p>	<p>Generar espacios de análisis de los propios estereotipos y prejuicios culturales para facilitar el acceso a puntos de vista alternativos.</p>	<p>Experiencias comunitarias arraigadas en un paisaje humano-favorezca la empatía.</p>	<p>Composición demográfica diversificada que dificulta establecer vínculos naturales de relación.</p>
<p>Interculturalizar las redes de comunicación y coordinación con otras comunidades.</p>	<p>Ampliar la presencia de la comunidad en las redes de comunicación con una participación propia.</p>	<p>Escenario social de actuación con unos roles definidos y unos comportamientos esperados consistentes dialógicamente.</p>	<p>Comportamientos sociales que no ven en predeterminados sino que se someten al dictado de una moda efímera.</p>
<p>Motivar la creación de productos culturales híbridos y de fuerte sentido de identificación.</p>	<p>Valorización de las producciones comunitarias frente a las propuestas de consumo social masivo.</p>	<p>Diseño y construcción de productos o actividades socio-culturales como motor principal de acción.</p>	<p>Actividad humana centrada en el consumo de productos, bienes y servicios.</p>
<p>Transformar las estructuras y redes habituales</p>	<p>Llegar a todos los grupos sociales y culturales de un</p>	<p>Identificación y reconocimiento en</p>	<p>Segregación entre los distintos contextos</p>

Cuadro 1. Retos de la acción comunitaria intercultural a la luz de los condicionantes de la ciudad, las necesidades de la comunidad y las estrategias de acción comunitaria

CONDICIONANTES DE LA CIUDAD	NECESIDADES DE LA COMUNIDAD	ESTRATEGIAS DE ACCIÓN COMUNITARIA	VALOR INTERCULTURAL DE LA ACCIÓN COMUNITARIA
tos físicos donde se desarrolla la actividad cotidiana.	el espacio de la comunidad como un lugar donde llevar a cabo actividades sociales.	mismo entorno urbano concreto, favoreciendo la inclusión de inmigrantes.	de la comunidad en interculturales.
Fragilidad y deslocalización de las relaciones sociales que son significativas.	Generación de relaciones sociales caracterizadas por la autenticidad.	Promover acciones de reflexión sobre la vida en la comunidad que favorezcan el incremento de la competencia social de sus miembros.	Generar foros de diálogo y práctica de la comunicación intercultural.
Inestabilidad y cambio en los procesos de interacción que dificultan establecer marcos estables de relación.	Fomento de relaciones sociales que permiten proporcionar un grado de estabilidad a la persona.	Establecer elementos simbólicos y acciones que aceleren el sentimiento de pertenencia y de cohesión de los miembros de la comunidad.	Promover la incorporación de elementos simbólicos generados a partir de procesos de diálogo intercultural.
Sobreaceleración del tiempo vital en una espiral creciente de intensidad.	Tiempo vital de acuerdo con un ritmo desacelerado.	Fomentar el aprendizaje para gestionar el tiempo personal de acuerdo con la complejidad de los retos de la vida comunitaria.	Incidir en la creación de proyectos interculturales a medio y largo plazo.
Pérdida del valor local del espacio físico gracias a la dimensión global de los procesos y los fenómenos sociales.	Vínculo con un espacio local que permita generar un sentimiento de reconocimiento.	Incrementar el interés por trabajar en red con otras comunidades que se encuentran fuera del alcance cotidiano.	Enriquecer la perspectiva intercultural local con otras perspectivas interculturales en un marco de diversidad transcultural.

Fuente: elaboración propia.

El primer requisito consiste en la necesidad de que la gestión cultural, que implica la acción comunitaria, se desarrolle bajo el principio de inclusión; es decir, que la acción comunitaria contemple una presencia e interacción equita-

para que una acción comunitaria sea intercultural, debe cumplir dos requisitos. Adquiridas mediante el diálogo y una actitud de respeto mutuo», observaremos que diversas culturas y la posibilidad de generar expresiones culturales compartidas, zo del capítulo 2 («Interculturalidad es la presencia y la interacción equitativa de taria intercultural. Si retomamos la definición de la UNESCO expuesta al comien-

Así pues, debemos identificar que distinga en sí misma a la acción comunitaria es intercultural. Toda acción intercultural es comunitaria, pero no toda acción que de forma automática contemplemos la acción comunitaria como una secuencia de la interculturalidad. Sin embargo, ello necesariamente no significa para afirmar que la comunidad es, al mismo tiempo, una condición y una con-

Después del análisis realizado en el apartado anterior, nos sentimos más seguros

La acción comunitaria intercultural

Las comunidades también se inscriben en este nuevo cosmopolitismo, pero a su vez, y a diferencia de la ciudad, necesita desarrollar procesos de hibridación cultural que estimulen la generación de una dimensión propiamente local. La comunidad no puede sobrevivir en un espacio físico y social indiferenciado sino que es constructora de identificaciones en contextos particulares. La interculturalidad recoge en el presente lo mejor del pasado y lo transforma en expresiones culturales compartidas que puedan marcar las sendas del futuro.

Con el paso del tiempo, no importa dónde se ubique la ciudad, junto al mar o en medio de la llanura, el contexto natural y social inmediato que lo rodea pasa a un segundo plano. Pasamos por ciudades europeas y tenemos la sensación de que todas son iguales: escaparates de consumo, lugares de paso conectados con aviones y trenes en el escenario global. El entorno urbano es el espacio social por excelencia, es éste el que define quién queda dentro y quién permanece fuera de la dinámica social. Todo aquello que queda fuera de la ciudad sólo es válido para el ocio o el descanso, pero no para el desarrollo. Como venimos afirmando, los entornos urbanos deben dar respuestas locales a temas globales.

tivas de distintas personas o grupos, y que el resultado de la interacción conduzca a expresiones culturales compartidas.

Estamos de acuerdo con Caune (2006) cuando afirma que una acción cultural inclusiva debe ser capaz de reforzar dos elementos de naturaleza claramente comunitaria: la participación de los actores del proceso y la creación de un sentimiento de pertenencia a la colectividad mediante experiencias culturales compartidas. El autor señala, a su vez, tres elementos básicos para llevar a cabo una gestión cultural inclusiva (Onghena, 2009):

1. La creación como posibilidad de mediación entre las personas, el torrente de empatía y complicidad que se puede generar a la hora de compartir un sentimiento, una vivencia.
2. La difusión como posibilidad de presencia en el ámbito de lo público, con todo el refuerzo positivo que ello puede suponer.
3. La recepción como posibilidad de incardinación de la acción cultural en la comunidad, valorizando y reconociendo las expresiones culturales que se escapan a los circuitos oficiales y/o dominantes.

El segundo requisito supone que la acción comunitaria implique el contacto y la aproximación entre personas o grupos de distinto origen bajo el principio de reconocimiento crítico, es decir, que contemple una comunicación dialógica entre unos y otros en un clima de acción comprometida y de respeto mutuo.

Antes bien, debemos tener en cuenta que dicho contacto y aproximación, que tiene lugar desde el reconocimiento, necesita realizarse desde un elevado potencial de transformación social. De acuerdo con Gomà (2008), las comunidades pueden disponer de mayor o menor potencial de transformación hacia mayores cuotas de inclusión social en función de dos características: la capacidad de implicación de las personas pertenecientes a la comunidad y, también, la capacidad de gestionar la diversidad de acuerdo a criterios de igualdad de oportunidades. El cruce de ambas variables proporciona cuatro escenarios posibles que, de menor a mayor potencial transformador, son:

1. *Comunidad que presenta signos de tensión cronicada.* Existe baja implicación de las personas y baja capacidad para gestionar la diversidad de acuerdo a criterios de igualdad. Técnicamente no podemos hablar de comunidad sensu stricto, y en un entorno social de estas características la acción comunitaria intercultural no es viable.

2. *Comunidad instalada en el control social.* Existe una elevada implicación de las personas, pero ésta se combina con una baja capacidad de gestión de la diversidad en clave de igualdad. El sentido de comunidad existe si todas las personas que la forman participan de los dictados del grupo dominante, por lo que la acción comunitaria intercultural encuentra serias dificultades para desarrollarse.

3. *Comunidad como territorio de indiferencia.* En este caso existe una elevada capacidad para gestionar la diversidad desde una perspectiva de igualdad, pero la capacidad de implicación de las personas es baja. Una comunidad de estas características es débil, y apunta más a desarrollar un tipo de acción comunitaria más multicultural que intercultural.

4. *Comunidad como espacio de acción social.* Es el escenario ideal por excelencia. Las personas sienten un elevado grado de implicación y, además, disponen de una elevada competencia para gestionar la diversidad desde un enfoque basado en la igualdad. Es la comunidad donde resulta más fácil arrancar procesos de acción comunitaria intercultural.

Una gestión cultural inclusiva en una comunidad que es entendida como un espacio de acción social es un modelo ideal al cual aspiramos, pero que no siempre alcanzamos a ver realizado. No obstante, saber hacia dónde nos dirigimos resulta de un valor incalculable a la hora de orientar la acción comunitaria intercultural, una acción que necesita de espacios en los cuales hacerse visible para, así, generar propuestas que nos permitan avanzar hacia el modelo explicitado.

Según el Consejo de Europa (2008), cualquier espacio social puede ser susceptible de acción comunitaria intercultural en los términos de diálogo que planteamos, por lo tanto, más que hablar de responsabilidad, aquí hablamos de corresponsabilidad de toda la sociedad. Un primer elemento clave para generar estos espacios es el paso de un urbanismo «individualizador» a otro más «socializador». El individualizador es el del barrio de extrarradio, de vivienda de protección oficial destinada a clases medias-bajas, el de la zona industrial, el de los grandes aparcamientos, el de los cinturones viarios alrededor de las ciudades. En cambio, el socializador es el de la plaza bullíciosa, el de los parques naturales en medio de la ciudad, el de las calles peatonales con vida, el de las terrazas de los cafés, el de los mercados en detrimento de las grandes superficies comerciales.

Éstos son, según el citado organismo, los espacios sociales donde desarrollar una acción comunitaria intercultural, y éstas son las razones para ello:

- ♦ Los programas culturales y artísticos, por la posibilidad que brindan de liberar energía creativa que favorezca la interacción y la construcción de expresiones culturales compartidas.
- ♦ Los museos y el patrimonio cultural en general, por la oportunidad que ofrecen de reinterpretar la historia –en muchas ocasiones de dominación–, y porque permiten una comprensión de los fenómenos que debe llevarnos, sin lugar a dudas, a su superación.
- ♦ Los espacios infantiles y juveniles (escuelas, centros para jóvenes, centros de tiempo libre), por la facilidad con la cual pueden llegar a poner en contacto personas jóvenes pertenecientes a distintos orígenes étnicos, culturales o religiosos.
- ♦ Los medios de comunicación, por su potencial como altavoces de personas o grupos que participan de unas identificaciones culturales minorizadas y, además, por toda la pedagogía de la diversidad que en este sentido pueden llegar a realizar.
- ♦ Los deportes y actividades físicas, por la capacidad de generar fácilmente identificaciones entre personas con orígenes diversos y por su potencial a la hora de reunir participantes de cualquier grupo en un mismo equipo cuando se trata de deportes colectivos.
- ♦ Los lugares de trabajo, por la capacidad en sí mismos de reunir a personas de distintos orígenes durante una gran parte de la mayoría de jornadas.
- ♦ Los servicios de atención social (salud, formación, etc.), por ser los lugares donde se puede construir la normalización mediante el acceso de todas las personas con independencia de su origen étnico, cultural o religioso.

En el próximo capítulo 5 nos dedicaremos a desgranar y profundizar sobre algunos de ellos, los que consideramos más significativos desde un punto de vista de acción comunitaria intercultural, y los que pueden tener más efectividad en cuanto al impulso de una acción comunitaria intercultural desde una perspectiva europea: el deporte y la actividad física, las entidades de tiempo libre infantil y juvenil organizado, las asociaciones y grupos de participación social y, en términos amplios, los centros educativos.

Referencias bibliográficas

- CAUNE, J. (2006): *La démocratisation culturelle. Une médiation à bout de souffle*. Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble.
- CONSEJO DE EUROPA (2008): *White Paper on Intercultural Dialogue. Living together as equals in dignity*. Strasbourg. Council of Europe Publishing.
- GOMÀ, R. (2008): «La acción comunitaria: transformación social y construcción de ciudadanía». *Revista de Educación Social*, núm. 7, <www.eduso.net/res/?b=10&c=90&n=251>.
- ONGHENA, Y. (2009): «Acción cultural inclusiva para un proyecto cultural compartido». *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, núm. 88, pp. 9-12.